

LECTURA

西班牙语
阅读课本

第二册

傅筱芳 岑楚兰 陈瑄瑄 编

外语教学与研究出版社

H 34
F 87
2

303929

LECTURA

西班牙语 阅读课本

第二册

傅筱芳 李楚兰 陈道瑾 编



外语教学与研究出版社

责任编辑：岑楚兰、陈瑄瑄
责任校对：岑楚兰、陈瑄瑄

D205/03
西班牙语阅读课本

XIBANYA YU YUEDU KEBEN

第一册

傅筱芳、岑楚兰、陈瑄瑄编

* * *

外语教学与研究出版社出版

(北京市西三环北路十九号)

外语教学与研究出版社印刷厂印刷

新华书店总店北京发行所发行

开本 787×1092 1/32 10印张 202千字

1988年6月第1版 1988年6月第1次印刷

印数 1—3000册

* * *

ISBN 7-5600-0347-8 / G·202

定价：1.25元

INDICE

1. HISTORIA DE UNA ESCALERA	1
2. MARIA CURIE DESCUBRE UN TESORO IGNORADO	32
3. LOS VIAJES DE MARCO POLO	49
4. DANTE, EL FORJADOR DE UN IDIOMA	54
5. WILLIAM SHAKESPEARE	56
6. CERVANTES	59
7. ALEJANDRO DUMAS	63
8. GEORGE WASHINGTON	66
9. LINCOLN	69
10. NAPOLEON	74
11. FRANCISCO DE MIRANDA	79
12. SIMON BOLIVAR	83
13. JOSE DE SAN MARTIN	86
14. BERNARDO O'HIGGINS, PADRE DE LA PATRIA CHILENA	91
15. GOYA	94
16. MOZART	96
17. BEETHOVEN	99
18. PICASSO	101
19. CHARLIE CHAPLIN "CHARLOT"	105
20. VALENCIA	108
21. SEVILLA	142
22. TRABAJAN MIENTRAS LOS DEMAS DESCANSAN	179
23. LA CIUDAD DE DIA	190
24. NUESTRA SANGRE	203
25. LOS DE ABAJO	283

1. HISTORIA DE UNA ESCALERA

DRAMA EN TRES ACTOS

Buero Vallejo

Esta obra se estrenó, el 14 de octubre de 1949, en el
Teatro Español, de Madrid.

PERSONAJES

COBRADOR DE LA LUZ.	URBANO.
GENEROSA.	ROSA.
PACA.	PEPE.
ELVIRA.	SEÑOR JUAN.
DOÑA ASUNCION.	SEÑOR BIEN VESTIDO.
DON MANUEL.	JOVEN BIEN VESTIDO.
TRINI.	MANOLIN.
CARMINA.	CARMINA, HIJA.
FERNANDO.	FERNANDO, HIJO.

ACTO PRIMERO

(Nada más levantarse el telón vemos cruzar y subir fatigosamente al COBRADOR DE LA LUZ, portando su grasienta cartera. Se detiene unos segundos para respirar y llama después con los nudillos en las cuatro puertas. Vuelve al I, donde le espera ya en el quicio la SEÑORA GENEROSA: una pobre mujer de unos cincuenta y cinco años).

COBRADOR. -- La luz. Dos sesenta. (Le tiende el recibo. La puerta III se abre y aparece PACA, mujer de unos cincuenta años, gorda y de ademanes desenvueltos. El COBRADOR repite, tendiéndole el recibo.) La luz. Cuatro diez.

GENEROSA. (Mirando el recibo.) -- ¡Dios mío! ¡Cada vez más caro! No sé cómo vamos a poder vivir.

(Se mete.)

PACA. -- ¡Ya, ya! (Al COBRADOR.) ¿Es que no saben hacer otra cosa que elevar la tarifa? ¡Menuda ladronera es la Compañía! ¡Les debía dar vergüenza chuparnos la sangre de esa manera! (El COBRADOR se encoge de hombros.) ¡Y todavía se ríe!

COBRADOR. -- No me río, señora. (A ELVIRA, que abrió la puerta II.) Buenos días. La luz. Seis sesenta y cinco.

(ELVIRA, una linda muchacha vestida de calle, recoge el recibo y se mete.)

PACA. -- Se ríe por dentro. ¡Buenos pájaros son todos ustedes! Esto se arreglaría como dice mi hijo Urbano: tirando a más de cuatro por el hueco de la escalera.

COBRADOR. -- Mira lo que dice, señora. Y no falte.

PACA. -- ¡Cochinos!

COBRADOR. -- Bueno, ¿me paga o no? Tengo prisa.

PACA. -- ¡Ya va, hombre! Se aprovechan de que una no es nadie, que si no ...

(Se mete rezongando. GENEROSA sale y paga al COBRADOR. Después cierra la puerta. El COBRADOR aporrea otra vez el IV, que es abierto inmediatamente por DOÑA ASUNCION, señora de luto, delgada y consumida.)

COBRADOR. -- La luz. Tres veinte.

DOÑA ASUNCION. (Cogiendo el recibo.) -- Sí, claro ...

Buenos días. Espere un momento, por favor. Voy adentro

...

(Se mete. PACA sale refunfuñando mientras cuenta las monedas.)

PACA. -- ¡Ahí va!

(Se las da de golpe.)

COBRADOR. (Después de contarlas.) -- Está bien.

PACA. -- ¡Está muy mal! ¡A ver si hay suerte, hombre, al bajar la escalerita!

(Cierra con un portazo. ELVIRA sale.)

ELVIRA. -- Aquí tiene usted. (Contándole la moneda fraccionaria.) Cuarenta ..., cincuenta ..., sesenta ... y cinco.

COBRADOR. -- Está bien.

(Se lleva un dedo a la gorra y se dirige al IV)

ELVIRA. (Hacia dentro.) -- ¿No sales, papa?

(Espera en el quicio. DOÑA ASUNCION vuelve a salir, ensayando sonrisas.)

DOÑA ASUNCION. -- ¡Cuánto lo siento! Me va a tener que perdonar. Como me ha cogido después de la compra, y mi hijo no está ...

(DON MANUEL, padre de ELVIRA, sale vestido de calle. Los trajes de ambos denotan una posición económica más holgada que la de los demás vecinos.)

DON MANUEL. (A DOÑA ASUNCION.) -- ¡Buenos días! (A su

hija.) Vamos.

DOÑA ASUNCION. -- ¡Buenos días! ¡Buenos días, Elvirita!
¡No te había visto!

ELVIRA. -- Buenos días, doña Asunción.

COBRADOR. -- Perdone, señora, pero tengo prisa.

DOÑA ASUNCION. -- Sí, sí ... Le decía que ahora da la
casualidad que no puedo ... ¿No podría volver luego?

COBRADOR. -- Mire, señora: no es la primera vez que pasa
y ...

DOÑA ASUNCION. -- ¿Qué dice?

COBRADOR. -- Sí. Todos los meses es la misma historia.
¡Todos! Y yo no puedo venir a otra hora ni pagarlo de mi
bolsillo. Conque si no me abona tendré que cortarle el
fluido.

DOÑA ASUNCION. -- Pero si es una casualidad, ise lo ase-
guro! Es que mi hijo no está, y ...

COBRADOR. -- ¡Basta de monsergas! Esto le pasa por querer
gastar como una señora, en vez de abonarse a tanto alzado.
Tendré que cortarle.

(ELVIRA habla en voz baja con su padre.)

DOÑA ASUNCION. (Casi perdida la compostura.) -- ¡No lo
haga, por Dios! Yo le prometo ...

COBRADOR. -- Pida a algún vecino ...

DON MANUEL. (Después de atender a lo que le susurra su
hija.) -- Perdone que intervenga, señora.

(Cogiéndole el recibo.)

DOÑA ASUNCION. -- No, don Manuel. ¡No faltaba más!

DON MANUEL. -- ¡Si no tiene importancia! Ya me lo devolverá cuando pueda.

DOÑA ASUNCION. -- Esta misma tarde; de verdad.

DON MANUEL. -- Sin prisa, sin prisa. (Al COBRADOR.) Aquí tiene.

COBRADOR. -- Está bien. (Se lleva la mano a la gorra.)
Buenos días.

(Se va.)

DON MANUEL. (Al COBRADOR.) -- Buenos días.

DOÑA ASUNCION. (Al COBRADOR.) -- Buenos días. Muchísimas gracias, don Manuel. Esta misma tarde ...

DON MANUEL. (Entregándole el recibo.) -- ¿Para qué se va a molestar? No merece la pena. Y Fernando, ¿qué se hace?

(ELVIRA se acerca y le coge del brazo.)

DOÑA ASUNCION. -- En su papelería. Pero no está contento. ¡El sueldo es tan pequeño! Y no es porque sea mi hijo, pero él vale mucho y merece otra cosa. ¡Tiene muchos proyectos! Quiere ser delineante, ingeniero, ¡qué sé yo! Y no hace más que leer y pensar. Siempre tumbado en la cama, pensando en sus proyectos. Y escribe cosas también, y poesías. ¡Más bonitas! Ya le diré que dedique alguna a Elvirita.

ELVIRA. (Turbada.) -- Déjelo, señora ...

DOÑA ASUNCION. -- Te lo mereces, hija. (A DON MANUEL.) No es porque esté delante, pero ¡qué preciosísima se ha puesto Elvirita! Es una clavellina. El hombre que se la lleve ...

DON MANUEL. -- Bueno, bueno. No siga, que me la va a malear. Lo dicho, doña Asunción. (Se quita el sombrero y le da la mano.) Recuerdos a Fernandito. Buenos días.

ELVIRA. -- Buenos días.

(Inician la marcha.)

DOÑA ASUNCION. -- Buenos días. Y un millón de gracias ...
Adiós.

(Cierra. DON MANUEL y su hija empiezan a bajar. ELVIRA se para de pronto para besar y abrazar impulsivamente a su padre).

DON MANUEL. -- ¡Déjame, locuela! ¡Me vas a tirar!

ELVIRA. -- ¡Te quiero tanto, papaito! ¡Eres tan bueno!

DON MANUEL. -- Deja los mimos, pícara. Tonto es lo que soy. Siempre te saldrás con la tuya.

ELVIRA. -- No llares tontería a una buena acción ... Ya ves, los pobres nunca tienen un cuarto. ¡Me da una lástima doña Asunción!

DON MANUEL. (Levantándole la barbilla.) -- El tarambana de Fernandito es el que a ti te preocupa.

ELVIRA. -- Papá, no es un tarambana ... Si vieras qué bien habla ...

DON MANUEL. -- Un tarambana. Eso sabrá hacer él ... hablar. Pero no tiene dónde caerse muerto. Hazme caso, hija; tú te mereces otra cosa.

ELVIRA. (En el rellano ya, da pueriles pataditas.) -- No quiero que hables así de él. Ya verás cómo llega muy lejos. ¡Qué importa que no tenga dinero! ¿Para qué quiere

mi papáito un yerno rico?

DON MANUEL. -- ¡Hija!

ELVIRA. -- ¡Escucha! Te voy a pedir un favor muy grande.

DON MANUEL. -- Hija mía, algunas veces no me respetas nada.

ELVIRA. -- Pero te quiero, que es mucho mejor. ¿Me harás ese favor?

DON MANUEL. -- Depende ...

ELVIRA. -- ¡Nada! Me lo harás.

DON MANUEL. -- ¿De qué se trata?

ELVIRA. -- Es muy fácil, papá. Tú lo que necesitas no es un yerno rico, sino un muchacho emprendedor que lleve adelante el negocio. Pues sacas a Fernando de la papelería y le colocas, icon un buen sueldo!, en tu agencia. (Pausa.) ¿Concedido?

DON MANUEL. -- Pero, Elvira, ¿y si Fernando no quiere? Además...

ELVIRA. -- ¡Nada! (Tapándose los oídos.) ¡Sorda!

DON MANUEL. -- ¡Niña, que soy tu padre!

ELVIRA. -- ¡Sorda!

DON MANUEL. (Quitándole las manos de los oídos.) -- Ese Fernando os tiene sorbido el seso a todas porque es el chico más guapo de la casa. Pero no me fío de él. Su ponte que no te hiciera caso ...

ELVIRA. -- Haz tu parte, que de eso me encargo yo ...

DON MANUEL. -- ¡Niña!

(Ella rompe a reír. Coge del brazo a su padre y le lleva, entre mimos, al lateral izquierdo. Bajan. Una pausa. TRINI -- una joven de aspecto simpático -- sale del III con una botella en la mano, atendiendo a la voz de PACA.)

PACA. (Desde dentro.) -- ¡Que lo compres tinto! Que ya sabes que a tu padre no le gusta el blanco.

TRINI. -- Bueno, madre.

(Cierra y se dirige a la escalera. GENEROSA sale del I, con otra botella.)

GENEROSA. -- ¡Hola, Trini!

TRINI. -- Buenos, señora Generosa. ¿Por el vino?

(Bajan juntas.)

GENEROSA. -- Sí. Y a la lechería.

TRINI. -- ¿Y Carmina?

GENEROSA. -- Aviando la casa.

TRINI. -- ¿Ha visto usted la subida de la luz?

GENEROSA. -- ¡Calla, hija! ¡No me digas! Si no fuera más que la luz ... ¿Y la leche? ¿Y las patatas?

TRINI. (Confidencial.) -- ¿Sabe usted que doña Asunción no podía pagar hoy al cobrador?

GENEROSA. -- ¿De veras?

TRINI. -- Eso dice mi madre, que estuvo escuchando. Se la pagó don Manuel. Como la niña está loca por Fernandito...

GENEROSA. -- Ese grandulazo es muy simpático.

TRINI. -- Y Elvirita una lagartona.

GENEROSA. -- No. Una niña consentida ...

TRINI. -- No. Una lagartona ...

(Bajan charlando. Pausa. CARMINA sale del I.

Es una preciosa muchacha de aire sencillo y pobremente vestida. Lleva delantal y una lechera en la mano.)

CARMINA. (Mirando por el hueco de la escalera.) -- ¡Madre! ¡Que se le olvida la cacharra! ¡Madre!

(Con un gesto de contrariedad se despoja del delantal, lo echa adentro y cierra. Baja por el tramo mientras se abre el IV suavemente y aparece FERNANDO, que la mira y cierra la puerta sin ruido. Ella baja apresurada sin verle y sale de escena. El se apoya en la barandilla y sigue con la vista la bajada de la muchacha por la escalera. FERNANDO es, en efecto, un muchacho muy guapo. Viste pantalón de luto y está en mangas de camisa. El IV vuelve a abrirse. DOÑA ASUNCION espía a su hijo.)

DOÑA ASUNCION. -- ¿Qué haces?

FERNANDO. (Desabrido.) -- Ya lo ves.

DOÑA ASUNCION. (Sumisa.) -- ¿Estás enfadado?

FERNANDO. -- No.

DOÑA ASUNCION. -- ¿Te ha pasado algo en la papelería?

FERNANDO. -- No.

DOÑA ASUNCION. -- ¿Por qué no has ido hoy?

FERNANDO. -- Porque no.

(Pausa.)

DOÑA ASUNCION. -- ¿Te he dicho que el padre de Elvirita nos ha pagado el recibo de la luz?

FERNANDO. (Volviéndose hacia su madre.) -- ¡Sí! ¡Ya me lo has dicho! (Yendo hacia ella.) ¡Déjame en paz!

DOÑA ASUNCION. -- ¡Hijo!

FERNANDO. -- ¡Qué inoportunidad! ¡Pareces disfrutar recordándome nuestra pobreza!

DOÑA ASUNCION. -- ¡Pero, hijo!

FERNANDO. (Empujándola y cerrando de golpe.) -- ¡Anda, anda para adentro!

URBANO. -- ¡Hola! ¿Qué haces ahí?

FERNANDO. -- Hola, Urbano. Nada.

URBANO. -- Tienes cara de enfado.

FERNANDO. -- No es nada.

URBANO. -- Baja al "casinillo". (Señalando el hueco de la ventana.) Te invito a un cigarro. (Pausa.) ¡Baja hombre! (FERNANDO empieza a bajar sin prisa.) Algo te pasa. (Sacando la petaca.) ¿No se puede saber?

FERNANDO. (Que ha llegado.) -- Nada, lo de siempre ... (Se recuesta en la pared del "casinillo". Mientras, hacen los pitillos.) ¡Que estoy harto de todo esto!

URBANO. (Riendo.) -- Eso es ya muy viejo. Creí que te ocurría algo.

FERNANDO. -- Puedes reírte. Pero te aseguro que no sé cómo aguanto. (Breve pausa.) En fin, ¡para qué hablar! ¿Qué hay por tu fábrica?

URBANO. -- ¡Muchas cosas! Desde la última huelga de metalúrgicos la gente se syndica a toda prisa. A ver cuándo nos imitáis los dependientes.

FERNANDO. -- No me interesan esas cosas.

URBANO. -- Porque eres tonto. No sé de qué te sirve tanta lectura.

FERNANDO. -- ¿Me quieres decir lo que sacáis en limpio de esos líos?

URBANO. -- Fernando, eres un desgraciado. Y lo peor es que no lo sabes. Los pobres diablos como nosotros nunca lograremos mejorar de vida sin la ayuda mutua. Y eso es el sindicato. ¡Solidaridad! Esa es nuestra palabra. Y sería la tuya si te dieras cuenta de que no eres más que un triste hortera. ¡Pero como te crees un marqués!

FERNANDO. -- No me creo nada. Sólo quiero subir, ¿comprendes? ¡Subir! Y dejar toda esta sordidez en que vivimos.

URBANO. -- Y a los demás que los parta un rayo.

FERNANDO. -- ¿Qué tengo yo que ver con los demás? Nadie hace nada por nadie. Y vosotros os metéis en el sindicato porque no tenéis arranque para subir solos. Pero ése no es camino para mí. Yo sé que puedo subir y subiré solo.

URBANO. -- ¿Se puede uno reír?

FERNANDO. -- Haz lo que te dé la gana.

URBANO. (Sonriendo.) -- Escucha, papanatas. Para subir solo, como dices, tendrías que trabajar todos los días diez horas en la papelería; no podrías faltar nunca, como has hecho hoy ...

FERNANDO. -- ¿Cómo lo sabes?

URBANO. -- ¡Porque lo dice tu cara, simple! Y déjame continuar. No podrías tumbarte a hacer versitos ni a pensar en las musarañas; buscarías trabajos particulares para re-

dondear el presupuesto y te acostarías a las tres de la mañana contento de ahorrar sueño y dinero. Porque tendrías que ahorrar, ahorrar como una urraca; quitándolo de la comida, del vestido, del tabaco ... Y cuando llevases un montón de años haciendo eso, y ensayando negocios y buscando caminos, acabarías por verte solicitando cualquier miserable empleo para no morirte de hambre ... No tienes tú madera para esa vida.

FERNANDO. -- Ya lo veremos. Desde mañana mismo ...

URBANO. (Riendo.) -- Siempre es desde mañana. ¿Por qué no lo has hecho desde ayer, o desde hace un mes? (Breve pausa.) Porque no puedes. Porque eres un soñador. ¡Y un gandul! (FERNANDO le mira lívido, conteniéndose, y hace un movimiento para marcharse.) ¡Espera, hombre! No te enfades. Todo esto te lo digo como un amigo.

(Pausa.)

FERNANDO. (Más calmado y levemente despreciativo.) -- ¿Sabes lo que te digo? Que el tiempo lo dirá todo. Y que te emplazo. (URBANO le mira.) Sí te emplazo para dentro de ... diez años, por ejemplo. Veremos para entonces quién ha llegado más lejos; si tú con tu sindicato o yo con mis proyectos.

URBANO. -- Ya sé que yo no llegaré muy lejos; y tampoco tú llegarás. Si yo llego, llegaremos todos. Pero lo más fácil es que dentro de diez años sigamos subiendo esta escalera y fumando en este "casinillo".

FERNANDO. -- Yo, no. (Pausa.) Aunque quizá no sean mucho diez años ...

(Pausa.)

URBANO. (Riendo.) -- ¡Vamos! Parece que no estás muy seguro.

FERNANDO. -- No es eso, Urbano. ¡Es que le tengo miedo al tiempo! Es lo que más me hace sufrir.

Ver cómo pasan los días, y los años..., sin que nada cambie. Ayer mismo éramos tú y yo dos críos que veníamos a fumar aquí, a escondidas, los primeros pitillos ... ¡Y hace ya diez años! Hemos crecido sin darnos cuenta, subiendo y bajando la escalera, rodeados siempre de los padres, que no nos entienden; de vecinos que murmuran de nosotros y de quienes murmuramos ... Buscando mil recursos y soportando humillaciones para poder pagar la casa, la luz ... y las patatas. (Pausa.) Y mañana, o dentro de diez años que pueden pasar como un día, como han pasado estos últimos ..., ¡sería terrible seguir así! Subiendo y bajando la escalera, una escalera que no conduce a ningún sitio; haciendo trampas en el contador, aborreciendo el trabajo ..., perdiendo día tras día ... (Pausa.) Por eso es preciso cortar por lo sano.

URBANO. -- ¿Y qué vas a hacer?

FERNANDO. -- No lo sé. Pero ya haré algo.

URBANO. -- ¿Y quieres hacerlo solo?

FERNANDO. -- Solo.

URBANO. -- ¿Completamente?

(Pausa.)

FERNANDO. -- Claro.

URBANO. -- Pues te voy a dar un consejo. Aunque no lo creas, siempre necesitamos de los demás. No podrás luchar